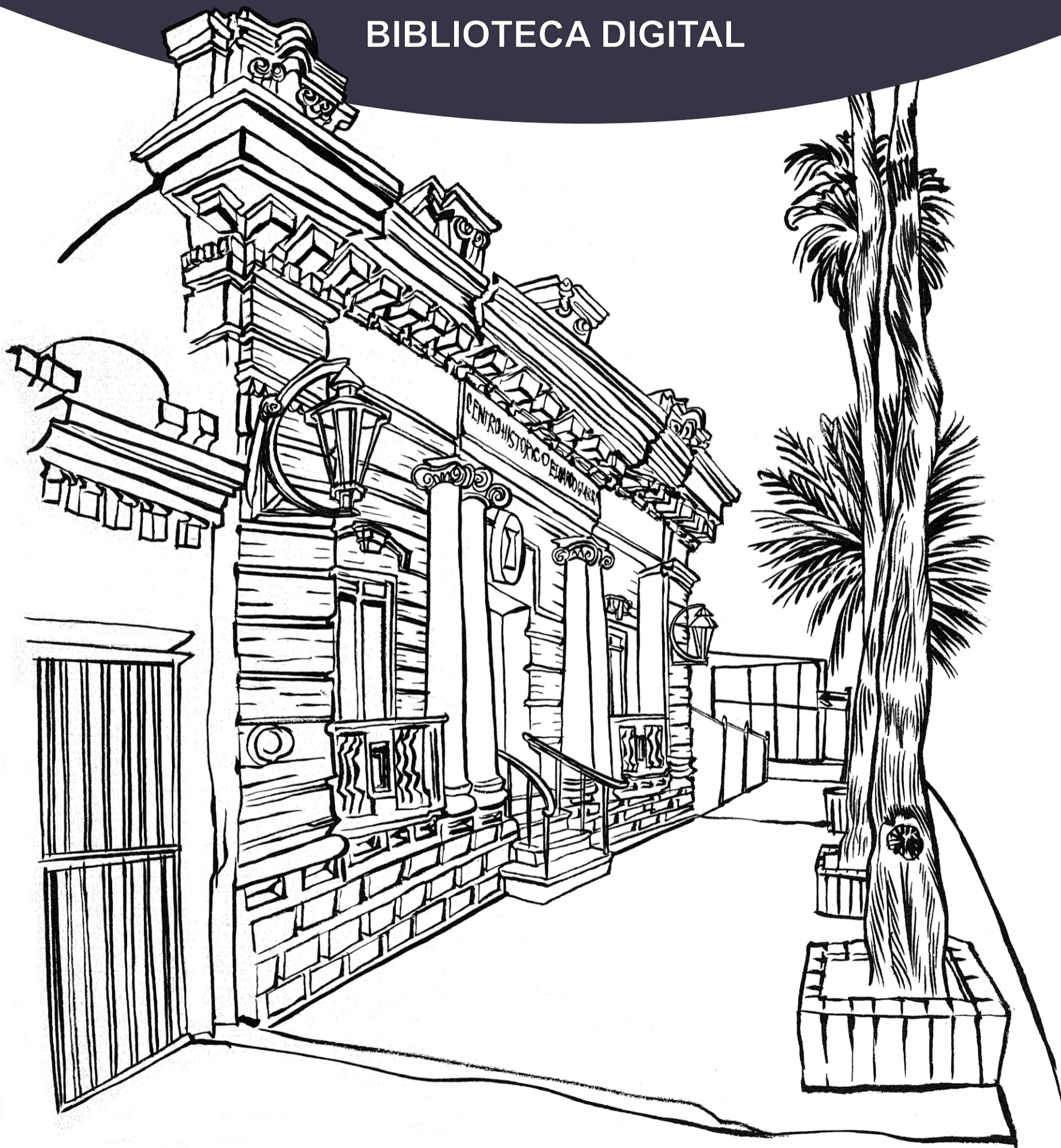




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



**C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13**

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

¡Extra! El Correo

Memoria
Histórica

Hidalgo del Parral, Chihuahua

20 de Julio de 1923

Asesinan a Villa



LA EJECUCION DEL ATENTADO

«A las ocho de la mañana, yendo en automóvil el general Francisco Villa en compañía del coronel Trillo y cuatro hombres más de su escolta personal, seis hombres de a caballo, desconocidos, que estaban apostados en una de las orejas del puente de Guanajuato, con intención premeditada del asesinato del general Villa, al llegar al citado lugar el automóvil

que ocupaba Villa y sus acompañantes, los que estaban apostados en el citado lugar hicieron intempestivamente una descarga. sobre el auto haciendo blanco de los primeros tiros en el general Villa y el coronel Trillo que iban en el asiento delantero del automóvil y en uno más de los de la escolta que iba en el asiento de atrás; estos tres cuerpos quedaron arriba

del auto; en uno de los cuartos adyacentes al lugar de la tragedia un particular que en él estaba, encontró la muerte al asomarse para inquirir la causa de los tiros. Otro particular fue herido en la cabeza por una bala perdida cayendo a este lado de acá del puente. Con deseo de informar pronto a nuestros lectores no hacemos más extensa

nuestra noticia, pero en nuestro próximo número del domingo, prometemos dar una información amplia y detallada de los sangrientos sucesos de hoy»

Texto original del Correo de Parral, tomado del libro «Yo maté a Villa», de Víctor Ceja Reyes. Fotos: Archivo Casasola

La Confesión de Jesús Salas Barraza

El 4 de Agosto de 1923, Jesús Salas Barraza, envió la siguiente carta a su amigo el general Abraham Carmona, jefe del Departamento de Artillería de la Secretaría de Guerra y Marina, y que por mucho tiempo estuvo viviendo en el Estado de Durango.

Este el texto de ese documento histórico:



"Distinguido y fino amigo:

Mucho se ha dicho y aún sigue la prensa comentando a grandes rasgos el mismo, sobre el justo castigo que se le impuso al bandolero Doroteo Arango, quien queriendo que su nombre fuera olvidado por recordar sus numerosas fechorías y hechos sangrientos cometidos desde su infancia, para que sus coterráneos olvidaran a Arango hizo firmarse en los sucesivos Francisco Villa, sarcasmo del destino, pues el último nombre fue maldecido quizá más cordialmente que el que le heredaron sus honrados padres.

Usted recordará, mi buen amigo, que muchas veces en conversaciones íntimas que tuvimos cuando estuvo entre nosotros, le relaté con algunos pormenores el sinnúmero de crímenes cometidos por este bandido; entre ellos, ya que prolijo sería enumerar uno a uno los perpetrados en su larga vida de infamia el siguiente: Haber dinamitado una planta eléctrica que costó medio millón de pesos, en Magistral de este Estado, dejando en la miseria a más de mil familias que se mantenían con su honrado trabajo en dicha negociación, asesinando de vil manera y con lujo de crueldad a su honrado empleado como lo era Catarino Smith, a quien yo quería como un hermano.

Estos crímenes, pálidos reflejos de lo que fue capaz esta alma sanguinaria nacida para el mal; le demostraré de una manera palpable e irrefutable, que todo hombre honrado y de corazón bien puesto, tenía tarde o temprano que ser agitado por la mano vengadora de una justicia tardía en castigar a tan feroz criminal.

Este corazón (perdone la inmodestia) fue el de un servidor, que sin

pensar en las consecuencias que para sus pobres hijos podría este acto acarrear, pues solamente dando oídos a la voz de su conciencia y a los clamores de ultratumba de

en donde con más saña atacó Villa a sus habitantes, natural es que haya dado este paso de importancia y trascendencia para mi Patria, puesto que a ello me empujaba el

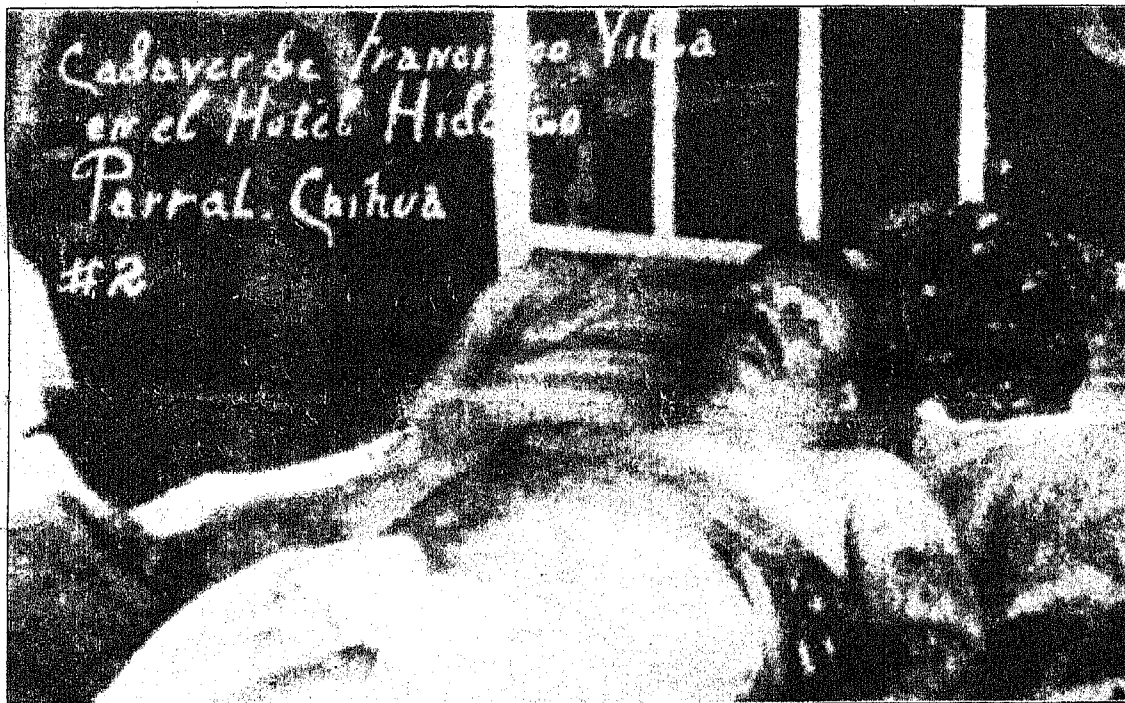
los que cumplieron la vendetta pública, y dé pomposo título de general al que no tenía derecho siquiera para ocupar el humilde puesto de nuestros abnegados

cielo y esperar que la saliva no le caiga al rostro. Si un individuo merece el título de general, es porque representa genuinamente el pundonor y la nobleza de que indudablemente debe estar investido el que lleva tan honroso cargo. Tristeza es decir lo que una nación culta y que se precia de civilizada, dé a ese hombro lombrosiano el grado más alto con que la Nación premia los servicios de sus fieles servidores.

Prueba de mi aserto contenido en uno de mis anteriores párrafos es que los elementos que desinteresada y abnegadamente me acompañaron en tan peligrosa empresa, puesto que no es exacto que se le haya atacado por la espalda sino frente a frente, es la muerte de uno de mis compañeros que regó con su sangre la tierra de sus mayores.

Me permito exponerle para mayor comprensión que todos y cada uno de esos paladines fueron víctimas en distintas fechas, de Arango, que ultrajó la honra de muchos de ellos, que no por ser pobres carecen de ella, a la par que sus pequeños intereses que era el único patrimonio conquistado en muchos años de sacrificios y privaciones.

En síntesis: en mi última visita a mi Distrito, encontré los ánimos tan exaltados contra el latifundista de Canutillo, que no pude menos que aceptar la dirección de este puñado de valientes que en diferentes épocas y repitiendo hechos heroicos en la historia, sin medir peligro ni preocupaciones, sino empujados por la sed de venganza, me pidieron, más bien me exigieron, que al frente de ellos, reivindicara los fueros de la justicia y este acto que en mi conciencia ya había tomado forma,



miles de víctimas que clamaban venganza, hizo, vuelvo a repetir, que fuese predestinado para dar muerte a la alimaña ponzoñosa que

cual víbora cobarde y cruel se escondía para volver con su áspid venenoso a atacar a nuevas víctimas, señaladas por su sed de sangre.

¿E l porqué me erigi en vengador?, lo sabe usted de sobra, pues si e n d o diputado al

cumplimiento de mi deber y más que ello el saber que quitaba de en medio a un individuo que tarde o temprano traería a México males sin fin que a nadie se le pueden ocultar.

Mi cerebro se agita en miles de conjeturas al ver que por medio de la prensa se me pone en parangón con tal bandido. No puedo creer en semejante aberración a pesar de verla escrita en letra de molde; pues tengo la convicción de que la opinión pública, infalible en sus fallos, aplaude de una manera unánime la muerte de dicho individuo, lamentando únicamente que la tuviera tan dulce. Repito, me ha sorprendido que la prensa capitalina y la de los estados, al comentar la desaparición de hombre tan funesto, llame asesinos a

"juanes".

Llamarle general a un bandido que en la ciudad de Camargo, dio muerte a treinta y tantas de estas sublimes compañeras de nuestros soldados, porque una soldadura se atrevió a agredirlo, es escupir al

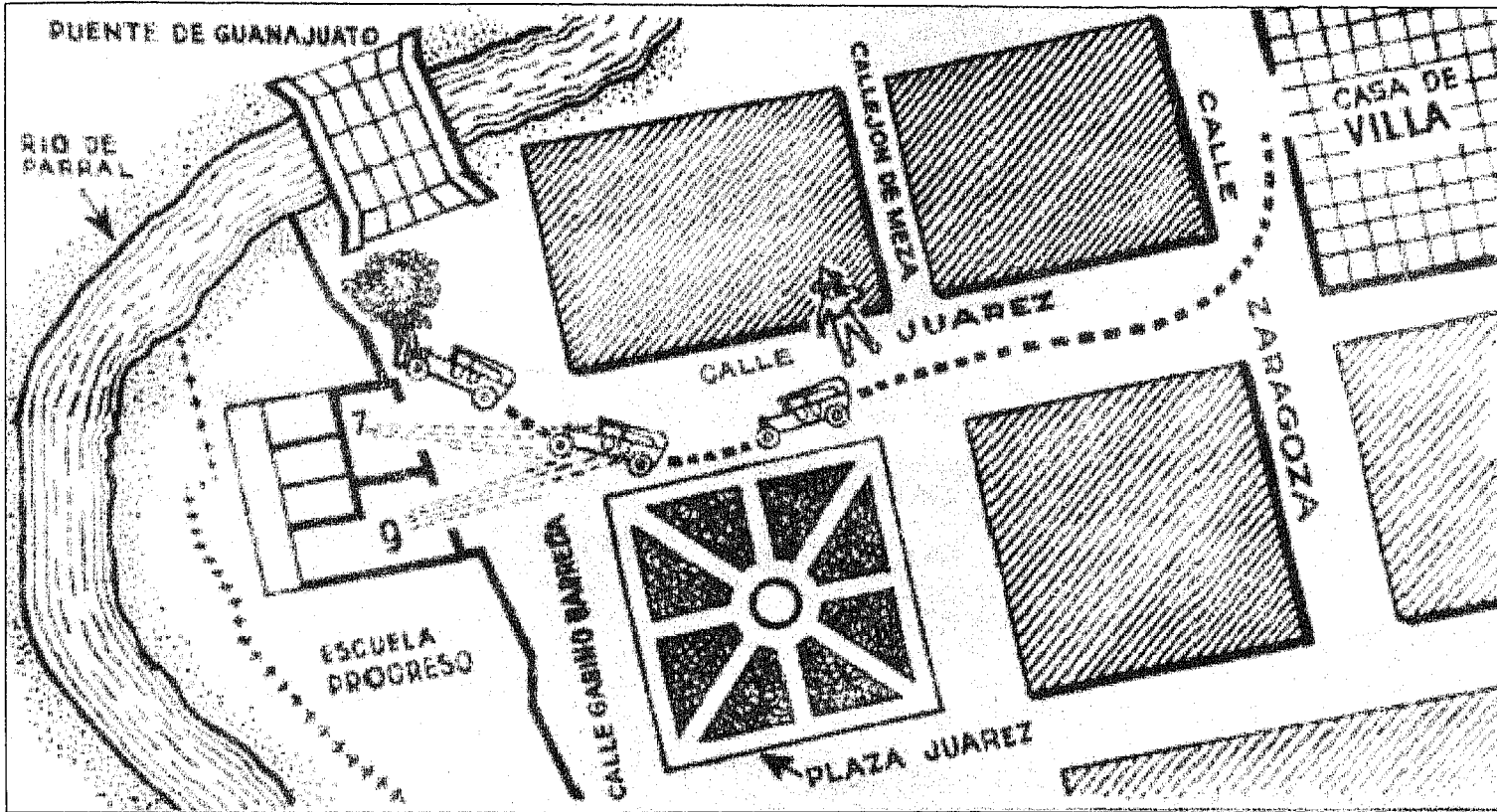


Gral. Alvaro Obregón

Congreso local en esta entidad, representante del Distrito de El Oro,



José Quiñónez Amparán, el sepulturero.



Croquis que muestra el lugar y la manera de la ejecución del general Francisco Villa.

esperaba únicamente la petición de los que tanto como yo, tenían derecho de pedir tal reivindicación. Tomada por mí la resolución irrevocable de hacer desaparecer, volviendo al Apocalipsis esta furia infernal; nos dirigimos a su cubil nueve hombres dispuestos a todo, pues el resultado fue el que anhelábamos: la muerte de la hiena.

Ahora paso a relatarle, aunque someramente, los hechos tal como se desarrollaron y que indudablemente refutarán lo que la loca fantasía reporteril ha publicado.

El día 7 de julio del corriente año, nos encontrábamos en los cuartos que de antemano habíamos arrendado; mismos que están ubicados en la forma que la prensa ha mencionado, esperando el momento propicio para salirle al encuentro,

no habiendo podido lograr nuestro intento, en virtud de haber equivocado lamentablemente el automóvil en que viajaba, por lo que decidí esperar mejor oportunidad, como se presentó el día 19 a las 12:05 horas que pasó frente a la casa mencionada, acompañado de Trillo y dos de su escolta, procedente del Hotel Hidalgo, con dirección a su casa particular; no habiendo llevado a cabo nuestra misión en atención a que en esos precisos momentos salían de una escuela contigua, multitud de niños y niñas que iban a sus respectivos hogares, hecho que muy a nuestro pesar nos obligó a frenar nuestros ímpetus y desaprovechar esa ocasión que tan felizmente se presentó, ya que a pie hubiese sido más fácil terminar con él. Ante estas contrariedades tuvimos que resignarnos a esperar otra vez; la que se presentó el día 20 del propio mes de julio, en que a las 7:50 horas vimos venir por la calle que da frente a donde nos encontrábamos, el auto que tripulaba el occiso, acompañado del Coronel Trillo y cuatro más. Esta vez el resultado fue el apetecido, y para obtenerlo seguro, le salimos al encuentro y nuestra mano no tembló al apuntar contra los que viajaban en el mencionado carro.

Una vez convencidos de que había muerto el llamado jefe de la División del Norte, nos retiramos paso a paso hasta las goteras de la población, en donde procedimos a retirar cada uno de mis colaboradores, no sin ir satisfechos y con la frente muy alta por el deber cumplido.

Yo regresé por la misma calle hasta el corazón de la ciudad, don-

de permanecía hasta el día 21, hasta las 13:00 horas; no sin antes el mismo día de los acontecimientos, haber estado en la cámara mortuoria a rendir el último tributo, no al bandido, sino al cadáver.

Con positiva tristeza he visto que algunos de la Cámara baja,

trocando el digno papel de representantes del pueblo, en polizontes, se lanzaron al teatro de los acontecimientos (Parral), derrochando el dinero del pueblo que se debía de emplear en combatir el analfabetismo, para evitar de ese modo que el obrero, llamado a fi-



De izq. a der: José Barraza, Juan López Sáenz Pardo y José Sáenz Pardo.

nes más altos se convirtiera en vulgar salteador de caminos, como lo fuera el funesto Arango, y no venir a hacer investigaciones que a nada conducen, y darle una importancia a la muerte de un bandido que era la vergüenza de nuestro pobre México. ¿Qué sacaron en claro los señores diputados? ¡Nada! Sus conclusiones sólo han servido para aumentar la política nefasta que invade desgraciadamente la mayoría de los cerebros de los padres conscriptos.

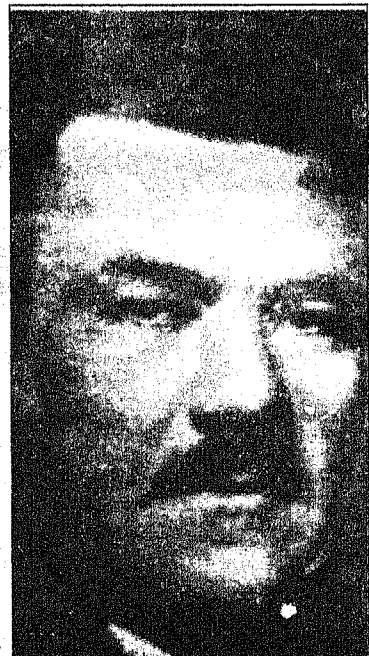
Al hacer estas francas declaraciones, solo me guía un fin: salvar el buen nombre del gobierno que nos rige actualmente y evitar que caigan sospechas sobre algunos funcionarios públicos a quienes de una manera ligera, ha señalado dicha prensa como directores intelectuales de este asunto, y además porque no quiero que mi nombre honrado, único patrimonio de mis pequeños hijos, sufra ningún baldón, por lo que autorizo a usted mostrar la presente carta al señor Presidente de la República, don Alvaro Obregón, a efecto de que una vez por todas se conozca la verdad de los hechos advirtiéndole a usted que, puede asegurar al señor Presidente que si lo conceptúa necesario, en bien de mi país, queda autorizado para lanzar a la publicidad la presente carta, ya que me siento con el valor suficiente para arrostrar frente a frente las consecuencias de mis actos.

Al reiterar a usted mi sincera estimación, me permito recordarle el ofrecimiento que espontáneamente me hizo a fin de influir en el ánimo del señor Presidente de la República, para evitar que por exaltación del momento no se me juzgue con la ecuanimidad que el caso requiere, ya que es público y está en la conciencia de todos, la rectitud que siempre ha normado los actos del señor Presidente.

Se usted adicto amigo y muy Atto. S.S".



Mellón Lozoya.



Gral. Plutarco Elías Calles.

Pancho Villa, una estrella de cine

Corría 1914, el cine se había convertido en la gran atracción para las masas que buscaban una fuga ante la inminencia de la Primer Gran Guerra del Siglo XX, las salas de exhibición comenzaban a demandar nuevos materiales para mantener la afluencia de espectadores. La Mutual Film Company, de New York, decidió contratar al celebre revolucionario con un pago de 25 mil dólares, que este requería para comprar armas, para que fuese el personaje principal de varias películas documentales de lo que en México ocurría.

Harry Aitken, presidente de la compañía filmica afirmó, al referirse a Pancho Villa, lo siguiente:



“...encontré a un hombre muy diferente al bandido que me había sido pintado... él es un hombre serio y digno, que dirige los asuntos de su ejército de una manera sistemática y ordenada, lo que daría crédito a un militar mucho mas viejo y experimentado...”

Villa y sus hombres tuvieron que hacer concesiones: maquillajes para hacer mas claras las facciones, tratamientos a las cabelleras, por los estilistas de entonces, para que fuesen menos repelentes al prototipo de personajes heroicos. Eso fue en la imagen, en el intento de dar figura plena de simpatía, de aventureros modernos que no tienen

implicaciones morales, por lo que no simbolizan el mal sino la simple humanidad.

La escenografía, la recreación ambiental del mundo del personaje revolucionario, tenía que ser en razón de la nueva manipulación que permitía el cine. Los Dorados villistas no eran combatientes regulares de un ejército estructurado como tal, entraban y salían de filas de acuerdo a sus circunstancias, no usaban uniformes porque eran llanamente pueblo armado e inconforme que se sumaba y restaba a sus conveniencias. La Mutual proveyó de cinco mil uniformes de los

Pasa a la pág 5

El complot de los conjurados



Gabriel Chávez.

Se atribuyó en principio el complot a miembros de la masonería, ya que algunos de ellos se encontraban integradas dentro de ese grupo, como Abraham Carmona, Jesús Salas Barraza, el telegrafista de Parral Juan S. Serrano, el arrendador de las casas desde donde surgió la balacera, Patrocinio Reyes, o quien los puso en contacto con el propietario de éstas Guillermo Gallardo Botello, y Gabriel Chávez, comerciante. Jesús Herrera Cano odiaba a Villa porque este mató a su padre José de la Luz Herrera y a sus hermanos Zeferino y Melchor. El general Félix C. Lara, jefe de la guarnición en Parral, declaró que el general Plutarco Elías Calles le giró instrucciones para eliminar a Villa porque tenía armamento como para levantarse, de nuevo en armas. Después del tiroteo Lara hospedó en el cuartel a los tiradores aunque oficialmente se afirmó que no se había dado alcance de los asesinos. Jesús Salas Barraza, guardaespaldas,

gatillero y diputado en Durango para el gobernador Jesús Agustín Castro, fue comisionado por éste para trasladarse a Parral, ahí se enteró que un grupo encabezado por Melitón Lozoya proyectaba matar a Villa. Los comerciantes Ramiro Montoya, Eduardo Ricaud, Jesús Montoya, Eduardo Baca y Felipe Santiesteban, proveyeron de armas,

mercancías, parque y pastura a los complotados.

Melitón Lozoya, sentía el agravio que Villa cometió con su tío, Justo Lozoya, a quien en 1917 Villa detuvo en Parral exigiendo una gran recompensa por su liberación, dándole una golpiza que casi le costó la vida. Citó a la hacienda La Cochiner a los enemigos mortales del



José Cárdenas Ponce, agente de inhumaciones.

Centauro: Crisóstomo, Juan y José Barraza, Juan López Sáenz Pardo, Librado Martínez, José y Román Guerra, José Sáenz Pardo y Juventino Ruíz. Después se unieron Ruperto

Librado Martínez, vecino de El Carrizo, municipio de Rodeo, Durango, odiaba a Villa por la muerte de su padre y otros parientes a manos de los dorados.

Juan López Sáenz Pardo, oriundo de Santa María del Oro, Durango, hijo de Antonio López Cortés y Francisca Saenz Pardo, su rencor brota del asesinato de su hermano Angel y su

primo Jesús Franco a manos de villistas.

José Sáenz Pardo, hijo de Nabor Sáenz Pardo y María Chavira, primo hermano de Melitón y medio hermano de Librado Martínez, 18 años de edad, resentido por la muerte de parientes (padre, tío, primos y medios hermanos)

José Barraza, 35 años, vecino de La Cochiner a, que perdió a su hermano en luchas contra villistas.

Ruperto Vara, 16 años, fue de los que aprehendieron a Felipe Angeles en el Rancho de la Mora, municipio de Huejotitlan. Román Guerra, único de los conjurados que murió, por un tiro de Ramón Contreras.



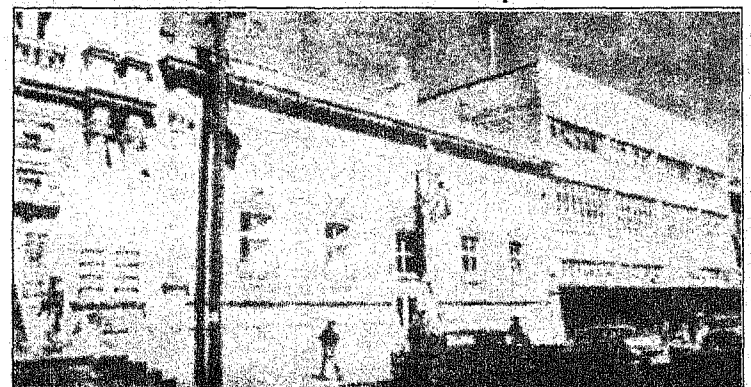
El chofer Daniel Luna y Librado Martínez, con el autor.

Sobreviviente de una matanza ejecutada por Villa en el rancho La Estancia.

José Guerra, nacido en Las Auras, Durango, de 30 años de edad, propietario de tierras en La Cochiner a, sobreviviente de la matanza en La Estancia donde Villa ordenó matar a cerca de 40 prisioneros.

Patrocinio Reyes Caldera, rentista que

proporcionó los cuartos a los conjurados; resentido por que sus hermanos fueron fusilados en Villa Coronado, Chihuahua Gabriel Chávez, considerado el autor intelectual del complot, proporcionó al grupo de lo necesario, abastó de parque, víveres y pastura para los caballos y les alentó en sus planes.



Casa u Hotel Fuentes.

Viene de la Pág. 4

derrotados confederados sureños en la guerra de secesión norteamericana, para que se vieran como un ejercito regular.

En lo estratégico militar el espacio fue condicionado a la naciementemente poderosa industria norteamericana de la fotografía en movimiento (aún lejanos los días de los recursos de la supersonorización, la definición de puntos visibles por milímetro cuadrado, los primeros planos, los paneos, la simultaneidad de imágenes, etcétera, que al ser capturados por el ojo detrás de la lente crean mitos permanentemente globalizados). Las batallas, las escaramuzas guerrilleras, debían tener la suficiente luz para ser filmadas, por lo que solo de día se tendría que combatir.

Celebre es el corto de la toma de la plaza de Ojinaga, donde el Río Grande y el Conchos, unen sus aguas. Villa repitió varias veces la carga de su caballería hasta que los directores de escena quedaron satisfechos de la secuencia cinematográfica y de la forma de actuación natural del controvertido personaje que a los siete meses abandono una actividad que tal vez pudo llevarlo a las marquesinas del negocio de los espectáculos y aspirar a obtener una preciada estatuilla de la academia de Hollywood.



Melitón, en la época de los hechos.

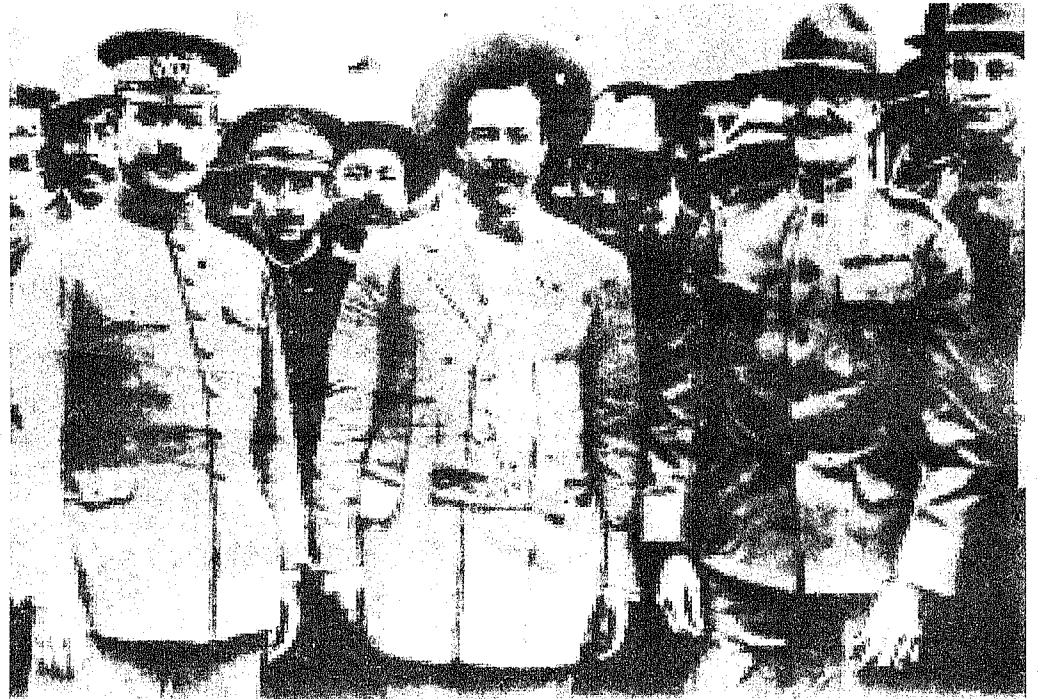
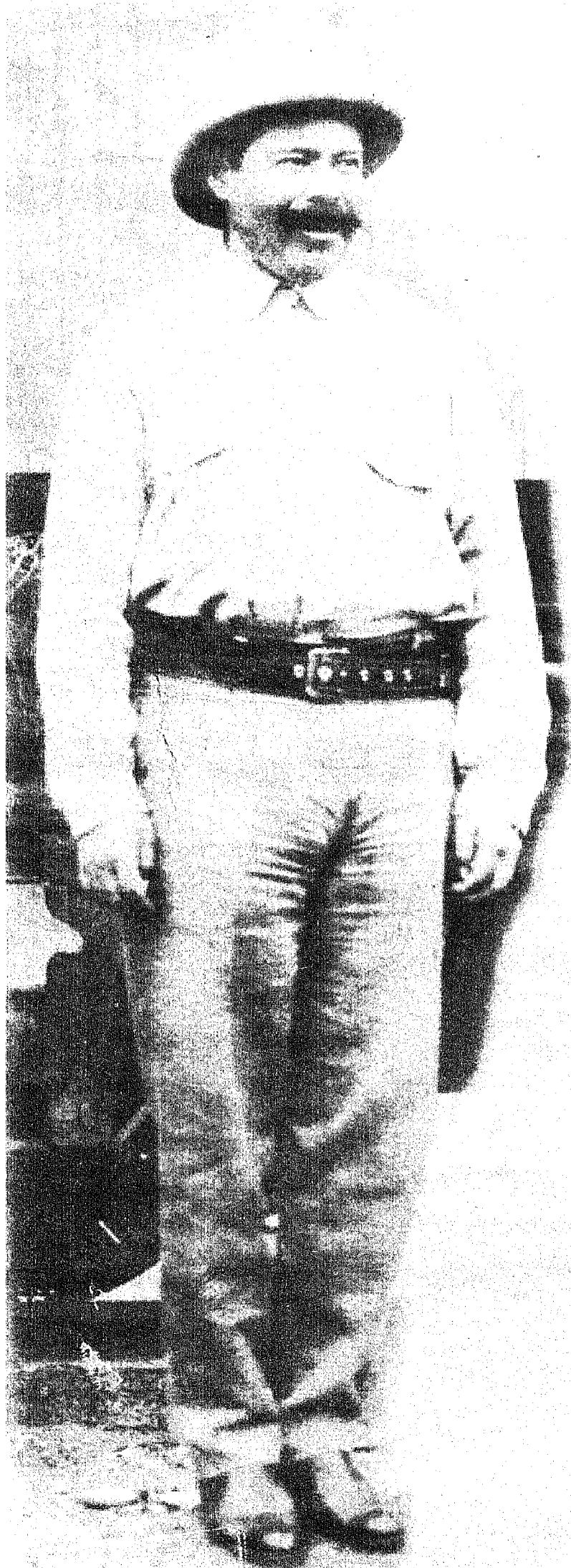


Juan Barraza.

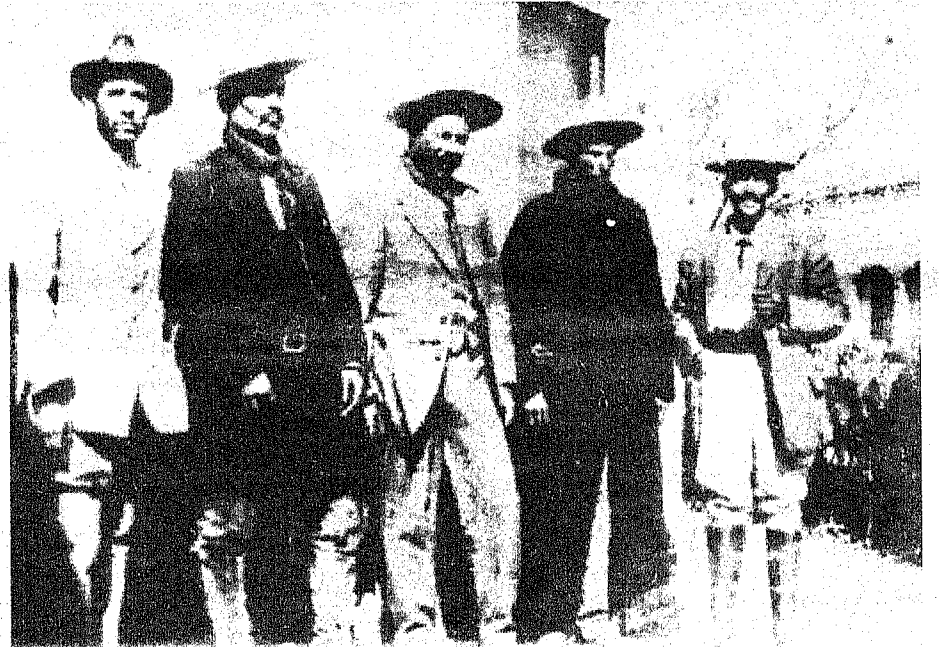


Guillermo Gallardo Botello.





General Obregón, Villa y Pershing, Durante una entrevista con Villa en Ciudad Juárez en el año de 1914, atrás de Pershing el teniente George S. Patton.



Flanqueando a Francisco Villa, los generales Fierro, Ortega y en Coronel Medina, en Hidalgo de Parral.



Una de las fotografías con mayor valor histórico, fue captada en la reunión del caudillo de sur Emiliano Zapata y el General Francisco Villa.



El Presidente Eulalio Gutiérrez, con Francisco Villa y Emiliano Zapata, en el Palacio Nacional de la Ciudad de México.



En General en labores de herrería en la Hacienda de Canutillo.



General Villa, el estratega.



Los Dorados, siempre al pie del cañón con el General Francisco Villa.

La ascensión de un bandido

(una visión de John Reed)

Villa fue un bandolero durante veintidós años. Cuando sólo era un muchacho de dieciséis años repartiendo leche en las calles de Chihuahua, mató a un funcionario del Gobierno y se echó al monte. Se dice que el funcionario en cuestión había violado a su hermana, pero es más probable que haya sido por su insoportable altanería.

Eso, en sí, no lo hubiera puesto fuera de la Ley mucho tiempo en México, donde la vida humana va a tan poca; pero ya fugitivo, cometió el imperdonable crimen de robarle ganado a los ricos hacendados. Desde entonces, hasta el estallido de la Revolución de Madero, el Gobierno mexicano tenía puesto un precio a su cabeza.

Villa era hijo de peones ignorantes. Nunca fue a la escuela. No tenía el más leve concepto de lo complejo de la civilización, y cuando, por último, volvió a ella, era un hombre maduro, de una extraordinaria sagacidad natural, que se encontraba en pleno Siglo XX con la ingenua sencillez de un salvaje.

Es casi imposible obtener datos exactos sobre su vida como bandido. Hay relatos de atentados que cometió,

todos los robos de trenes, asaltos y asesinatos en el norte de México eran atribuidos a Villa... No obstante, creció un inmenso acervo de leyendas populares entre los peones, en torno a su nombre. Hay muchas canciones y

la gente pobre. Arreó con millares de cabezas de ganado de los Terrazas y las llevó a través de la frontera. Calaba sobre una mina en bonanza y se apoderaba del oro o plata en barras. Cuando necesitaba maíz, asaltaba el

Chihuahua por Reza. Llegó en pleno día y entró a la ciudad a caballo, tomó un helado en la Plaza —el corrido es muy explícito sobre este punto— y se dedicó a recorrer las calles hasta que encontró a Reza paseando con su novia

en el concurrido Paseo Bolívar. Era domingo cuando lo mató y escapó. Durante las épocas de miseria alimentaba a regiones enteras y se hacía cargo de la gente desalojada de sus poblados por las tropas que obedecían a las leyes arbitrarias de Porfirio Díaz, sobre tierras.

Era conocido en todas partes como El Amigo de los Pobres. Fue una especie de Robin Hood mexicano.

Durante todos esos años aprendió a no confiar en nadie. Cuando hacía sus jornadas secretas a través del país con un acompañante leal, acampaba a menudo en un lugar despoblado y allí despedía a su guía; dejaba una fogata ardiendo y cabalgaba toda la noche para alejarse de su fiel acompañante. Así fue como Villa

Pasa a la Pag. 9



La Cochinerá, donde se fraguó el complot.

corridos celebrando sus hazañas, los que se oyen cantar a los pastores de carneros, al calor de sus hogueras; por la noche, en las montañas, que son la reproducción de las coplas heredadas de sus padres o que otros compusieron extemporáneamente. Por ejemplo, se cuenta la historia de cómo Villa, enfurecido al saber de la miseria de los

granero de algún rico. Reclutaba casi abiertamente en las rancherías alejadas de los caminos muy transitados y de los ferrocarriles, organizando a los bandidos en las montañas. Muchos de los actuales soldados rebeldes pertenecían a su banda, y varios de los generales constitucionalistas, como Urbina. Sus dominios se confinaban mayormente al sur de Chihuahua y al norte de Durango; pero se extendían desde Coahuila, cruzando la República, hasta el Estado de Sinaloa.

Su arrojo y bravura románticos son el tópico de innumerables poemas.

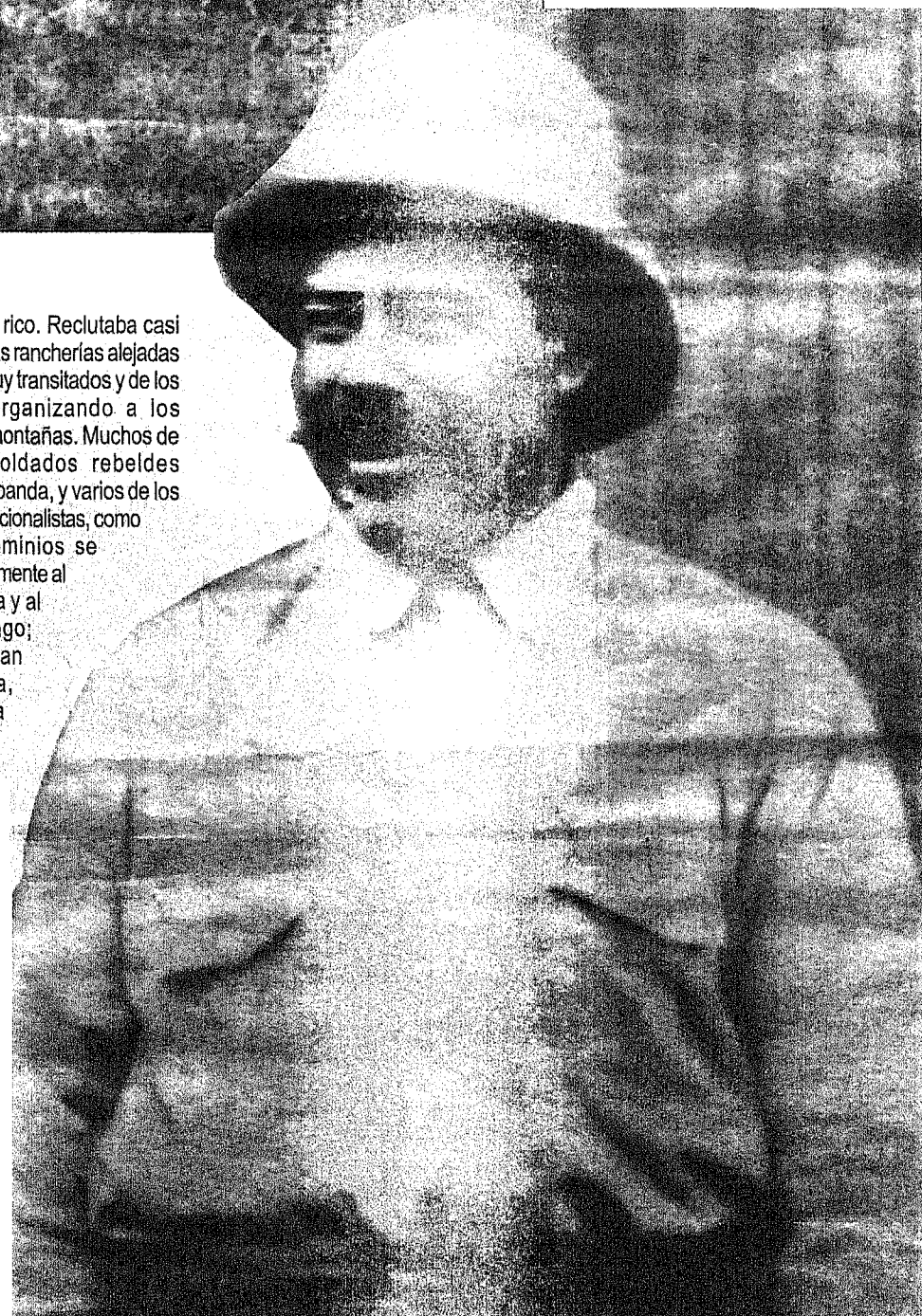
Cuentan, por ejemplo, que un tal Reza, de su partida, fue capturado por los rurales y sobornado para traicionar a Villa. Cuando éste lo supo, anunció que iría a



Casa, en las calles de Zaragoza, de donde salió Villa el día que fue asesinado.

en los viejos archivos de los periódicos locales e informes del Gobierno, pero esas fuentes son parciales; su nombre se hizo tan famoso como bandido, que

peones en la hacienda de Los Alamos, reunió una pequeña banda y cayó sobre la Casa Grande, la cual saqueó, distribuyendo los frutos del pillaje entre



Viene de la Pag. 8

aprendió el arte de la guerra; y hoy, en el campo, cuando llega el Ejército para acampar en la noche, Villa tira las bridas de su caballo a un asistente, se echa el sarape sobre los hombros y se va, solo, a buscar el abrigo de los cerros. Parece que nunca duerme.

En el peso de la noche se presenta de improviso en cualquier parte de los puestos avanzados, para ver si los centinelas están en su lugar; cuando retorna en la mañana, viene de una dirección distinta. Nadie, ni siquiera el oficial de mayor confianza en su Estado Mayor conoce nada de sus planes hasta que está listo para entrar en acción.

Cuando Madero entró en campaña en 1910, Villa era todavía un bandido. Tal vez, como dicen sus enemigos, vio la oportunidad para exculparse; quizá, como parece probable, lo guió la rebelión de los peones. De todos modos, después de cerca de tres meses de haberse levantado en armas, apareció repentinamente en El Paso y puso su persona, su banda, sus conocimientos y toda su fortuna, a las órdenes de Madero. Las inmensas riquezas que, decía la gente, debía haber acumulado durante sus veinte años de bandidaje, resultaron ser 363 pesos de plata, muy usados. Villa se convirtió en capitán del Ejército Maderista, como tal fue con Madero a la Ciudad de México, donde lo nombraron general honorario de los nuevos rurales.

Se le agregó a las tropas de Huerta, cuando éste salió al Norte para combatir

la rebelión de Orozco. Villa era comandante de la guarnición en Parral, y derrotó a Orozco con una fuerza inferior, en la única batalla decisiva de la campaña.

Huerta puso a Villa al mando de las avanzadas, para que él y los veteranos del Ejército Maderista hicieran la tarea más peligrosa y llevaran la peor parte, mientras los viejos batallones de línea federales se quedaban atrás protegidos



Crisóstomo Barraza, por su artillería.

Huerta, en Jiménez, mandó inesperadamente a Villa ante una corte marcial acusándolo de insubordinación, diciendo haberle telegrafiado una orden a Parral, la cual manifestó Villa no haber recibido. La corte marcial duró quince minutos, y el más poderoso y futuro

antagonista de Huerta fue sentenciado a ser fusilado.

Alfonso Madero, que pertenecía al Estado Mayor de Huerta detuvo la ejecución; pero el Presidente Madero, obligado a dar apoyo a las órdenes de su general en jefe de la campaña, encarceló a Villa en la Penitenciaría de la Capital. Durante todo este periodo, Villa permaneció leal a Madero, sin vacilaciones, actitud sin precedente en la historia mexicana. Por largo tiempo, Villa había deseado ansiosamente tener una educación. No perdió el tiempo en lamentaciones ni intrigas políticas.

Se puso a estudiar con todas sus fuerzas para aprender a leer y escribir. Villa no tenía ni la más mínima base para hacerlo. Hablaba un lenguaje ordinario, el de la gente más pobre, el del llamado pelado.

No sabía nada de los rudimentos o filosofía del idioma, por lo que hubo de empezar por aprender aquéllos primero, porque siempre quería saber el porqué de las cosas.

A los nueve meses podía escribir regular y leer los periódicos.

Es ahora interesante verlo leer, o más bien, oírlo, porque tiene que hacer una especie de delecto gutural, un zumbido con las palabras en voz alta, como si fuera un pequeño que apenas puede o empieza a leer.

Al fin el Gobierno de Madero se hizo de la vista gorda ante su fuga de la prisión; bien fuera para evitarle complicaciones a Huerta, dado que los amigos de Villa habían exigido una investigación o bien porque Madero

estuviera convencido de su inocencia y no se atreviera a ponerlo abiertamente en libertad.

Desde ese tiempo hasta que estalló el último levantamiento Villa vivió en El Paso, Texas, siendo de allí de donde salió, en abril de 1913, para conquistar a México con cuatro acompañantes llevando tres caballos, dos libras de azúcar y café y una de sal.

Hay una historieta relacionada con eso. No tenía dinero suficiente para comprar caballos, ni sus amigos tampoco.

Decidió enviar a dos de ellos a una pensión local de caballos de alquiler donde sacaron algunos todos los días durante una semana. Pagaban siempre cuidadosamente el alquiler, de modo que cuando solicitaron ocho caballos, el propietario de la pensión no vaciló en confiar que se los devolverían.

Seis meses después, cuando Villa entró victorioso en Juárez, a la cabeza de un ejército de cuatro mil hombres, su primer acto público fue remitir con un mensaje, una cantidad doble de lo que importaban los caballos robados.



Ramón Contreras, único que se salvó de morir en el atentado.

Reclutó a sus hombres en las montañas de San Andrés.

Era tan grande su popularidad, que en el término de un mes había levantado un ejército de poco más de tres mil soldados; en dos meses había arrojado a las guarniciones federales de todo el Estado de Chihuahua, obligándolas a refugiarse en la misma ciudad de este nombre; a los seis meses había tomado a Torreón, en el estado de Coahuila, y en siete meses y media había caído en su poder la frontera Ciudad Juárez; el ejército de Mercado había evacuado Chihuahua y el norte de México estaba casi liberado.



Melitón, el judas moderno

Villa. el bandolero divino



El General en su pasatiempo favorito, en donde destacó por su gran monta.

Las condiciones en que Villa se lanzó a la vida de aventuras son de sobra bien conocidas y narradas por cualquiera de sus biógrafos: Una de sus hermanas, joven y agraciada, vivía en la hacienda en la que la familia Villa se alojaba, hasta cierto punto con independencia, en condiciones de aparcería, pero sujeta a la hegemonía del patrón.

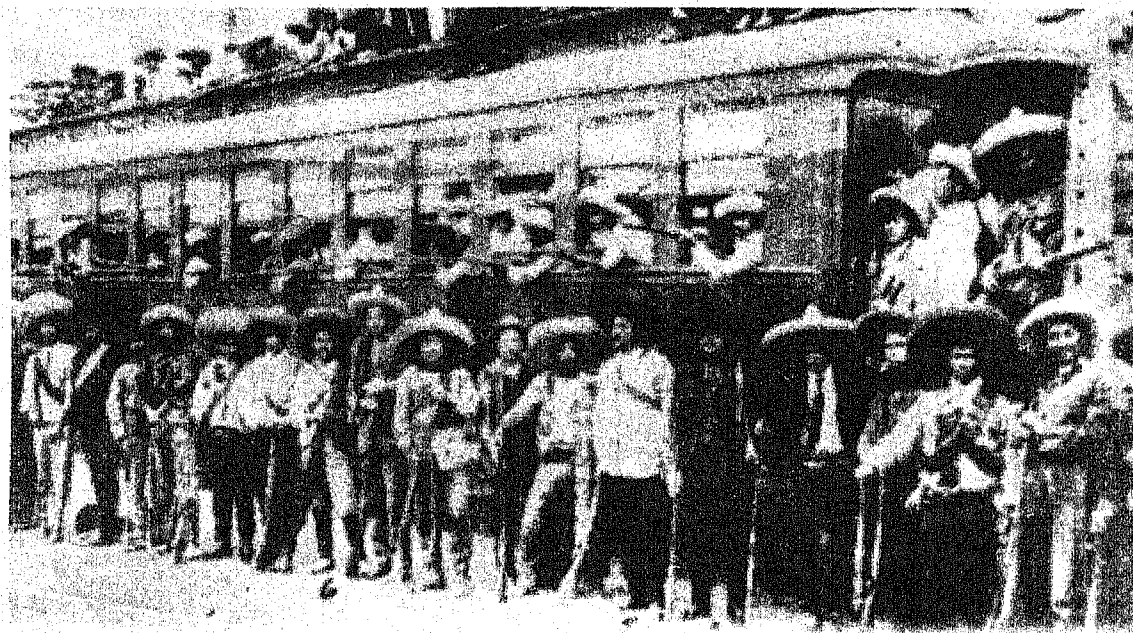
El hacendado se prendó de la joven y trató de seducirla. Villa, que llegó oportunamente en el momento culminante de lo que parecía un rapto, que bien pudiera haber formado parte de una película, o de una telenovela, sacó la pistola e hirió al hacendado. A partir de ese momento, Villa tuvo que convertirse en prófugo de la justicia.

Sólo en el marco de la Revolución Mexicana se podría haber encontrado a un protagonista que fuera, a la vez, tan generoso y tan implacable; tan cariñoso para amar, y tan rencoroso para odiar; tan sumiso para obedecer en contados minutos, y tan altivo para im-

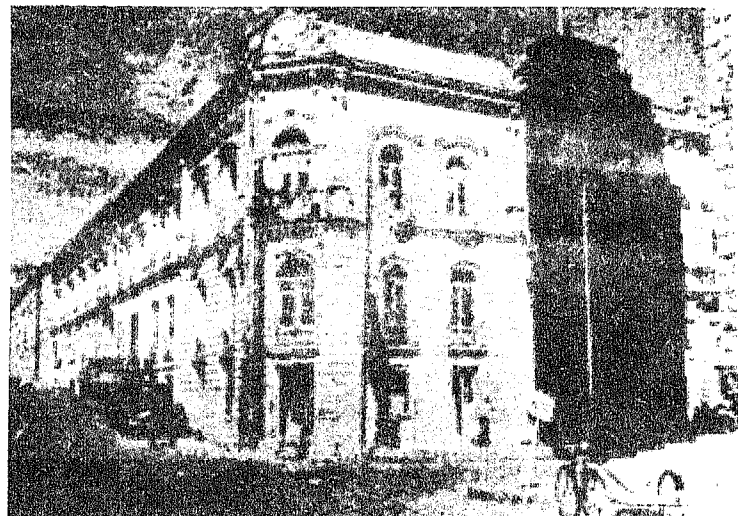
ponerse sobre todos los demás, en casi todas las horas de su atormentada vida; tan sutil para localizar los peligros materiales que lo amenazaban, y tan cándido para dejarse envolver por las intrigas de quienes lo hacían creer que él valía más que todos los demás juntos, y ser el hombre que rigiera los destinos.

Villa: caballista sin par, corpulento como para abatir un buey de un puñetazo, temible por su puntería cuando disparaba armas de fuego y, a punto de ser hecho preso, con la determinación necesaria para montarse en las ancas de la cabalgadura de uno de sus perseguidores, para apretarle el tórax, hasta quitarle el aliento, para arrojarlo de la montura, como fardo, y para huir, libre, ante el azoro de quienes contemplaron la hazaña. A más de todo ello, curtido por las privaciones, se acomodaba sin dificultad durmiendo entre el follaje de cualquier árbol, refugiándose en alguna cueva, y cayendo por sorpresa donde le convenía, para

desaparecer en seguida, como si se lo hubiera tragado la tierra.



El tren, el transporte de la época.



Hotel Hidalgo, antes propiedad de Francisco Villa en donde fue velado.

La vida pintoresca y heroica de Villa en lucha frente a un orden de cosas del que había sido víctima, lo predisponía para sumarse a quienes propugnaban una sociedad más justiciera; pero sus hábitos arraigados de luchador solitario lo preparaban también para rebelarse contra toda autoridad y para tratar de imponerse a todo género de contrariedades, dictando su propia ley.

Además, ingenioso, dotado de grandes recursos para manejar pequeños contingentes de hombres aguerridos, y capaces de recorrer a todo galope grandes distancias, apareciendo y desapareciendo de manera intempestiva donde menos se podía imaginar características tan peculiares, le depararon éxitos fulgurantes, e hicieron nacer la aureola que lo consagró como guerrillero sin par.

Pancho Villa, nacido como Doroteo Arango, era un hombre capaz de cometer, en un rapto de ira, las peores violencias; alma sencilla también, pronto para arrepentirse, y de ofrecer su

propia vida en rescate de sus errores.

En torno a Pancho Villa se unieron connotados revolucionarios como Manuel Chao, Maclovio Herrera, que operaban militarmente en Parral, Sierra Mojada, Camargo y Ojinaga; Toribio Ortega, Rosalío Hernández y Trinidad Rodríguez, en las vastedades desérticas; Tomás Urbina, Calixto Contreras, Pánfilo Natera, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, en la Comarca Lagunera, fueron contingentes de la gloriosa División del Norte.

Villa fue un auténtico rayo de la guerra, centauro indomable, devorador de distancias, en galopes que pregonaba la fábula, dejando abandonada la caballada cansada, para montar bestias de refresco, Villa aparecía y desaparecía donde menos se le esperaba, mantenía alerta guarniciones que aún así eran sorprendidas, y causaba destrozos que cuesta trabajo imaginar. Fue la época en que, según se dice, con candor no carente de gracia, algún jefe rindió parte de novedades di-

Pase a la Pag.11

Viene de la Pág. 10



La música de mi General.

ciendo: "Tengo el honor de informarle a esa superioridad, que Villa está en todas partes y en ninguna de ellas a la vez". Ave de tempestades, envuelta en la masa cargada electricidad de la Revolución Mexicana, Villa fue, en vida,

polo de atracción para quienes lo siguieron hasta la muerte; objeto de odios apasionados para los que tuvieron la dolorosa necesidad de enfrentarse, y que en no pocas ocasiones perdieron la vida en ese empeño. Bajo ese signo

cupó todo lo que se relaciona con la vida atormentada, intensa, batalladora de Villa, a partir de la fecha en que se lanzó a la revolución maderista, en 1910, hasta que una celada que la astucia del guerrillero norteño no previó, puso término a su existencia, atribuyéndose su muerte a una conjura movida por minúsculos intereses locales la muerte de quien fuera el jefe de la División del Norte.

Pocos días después de la muerte de Villa se logró la detención del director del complot; se supo de los móviles que habían entrado en juego. Apareció entonces, como autor intelectual y consumidor principal del asesinato a Mellón Lozoya, a quien Villa, muy a su manera, había amenazado de muerte, si en un plazo perentorio no le devolvía los bienes que figuraban en el inventario de la Hacienda de Canutillo, y que Lozoya había vendido por orden del antiguo propietario, señor Jurado, antes de que ni éste, ni Lozoya, sospecharan que Canutillo le sería entregada a Villa.

Los que sostienen la versión del crimen político, citan como antecedente, por otra parte, declaraciones jactanciosas que Villa le formuló al periodista Regino Hernández Llergo, y sobre las cuales se afirma temerariamente que alarmaron a los generales Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Se dice, y en esto con razón, que a raíz del asesinato de Villa, el jefe de la guarnición de Parral no ordenó la inmediata persecución de los autores del crimen. Pero debe tenerse presente que, muerto Villa, la preocupación principal de un comandante militar tenía que ser la de los villistas que vivían en Canutillo. Los panegiristas de Villa convienen en que los subalternos del que fuera su jefe, se sintieron heridos y alimentaron deseos de venganza. Los generales Nicolás Fernández y Lorenzo Avalos, mandaron patrullar la hacienda y ordenaron disparar contra cualquier fuerza que intentara entrar. El coronel Lara, por razón natural, mejor que perseguir a los asesinos de Villa, dispuso fuerzas que les impidieran salir a Parral a los villistas que estaban en Canutillo. Como argumento de peso en apoyo de la idea de la complicidad, de la falta de interés, de la complacencia,



El General Villa en estudio fotográfico.

inclusivo que en el gobierno se tuvo ante el asesinato de Villa, se cita todavía el dato de que quienes victimaron a Villa no fueron castigados con todo el rigor de la ley.

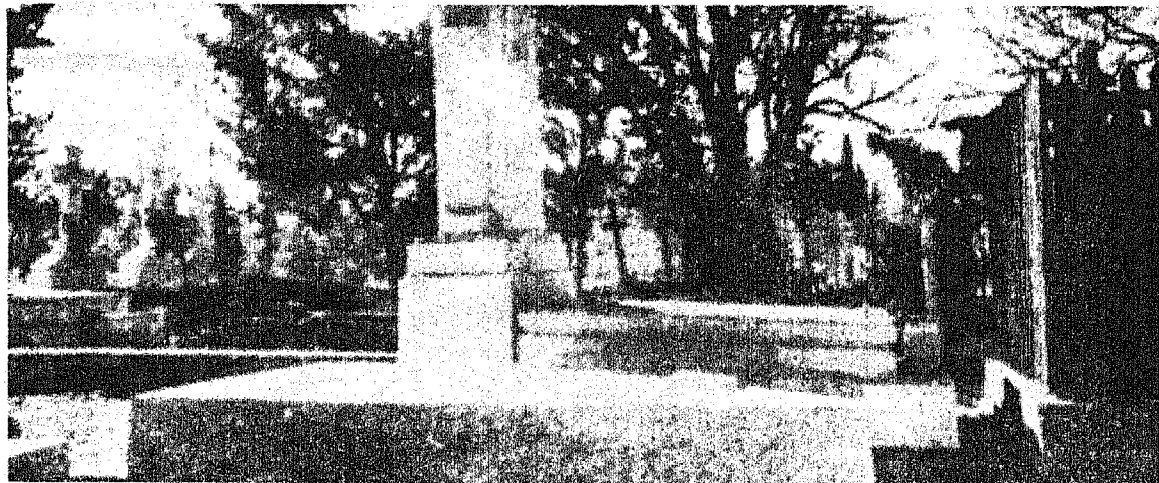
Cruel hasta la brutalidad, dominante hasta la posesión absoluta, su personalidad era como la proa de un barco que dividía el oleaje de las pasiones: se le entregaba la voluntad o se le odiaba para siempre. Sabía mandar, y todo lo repartía. Pero no sabía obedecer, ni siempre mandaba como era debido, porque solía dejarse arrebatar por la ira, o escuchaba consejeros que no eran desinteresados.

Sin recibir ninguna herida mortal en los numerosos combates que empeño; las celadas que eludió, hicieron creer por último que Villa disponía de un amuleto, de un talismán que lo resguardaba. Física y hasta moralmente, por las contradicciones que hacían estremecer su alma, con estruendo de borrasca, Villa fue un gran actor, un

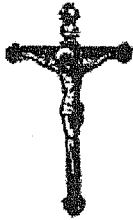
actor a la medida de la sensibilidad del pueblo en cuyo seno se formó y cuyo encumbramiento, así fuera pasajero, sigue deslumbrando, inclusive más allá de nuestras fronteras, por la rapidez de relámpago con que se desplazaba; por la seguridad con que planteaba sus operaciones, por la destreza con que las consumaba, y por la prontitud, cada que le convenía, con que desaparecía de los teatros de operaciones en que actuaba, para presentarse, inesperadamente, donde menos se imaginaba. No había árbol, ni peña, ni cerca de piedra que no conociera. Sabía dónde podía encontrar cuevas para guarecerse en la sierra y dónde brotaba agua que beber. Si con los ojos vendados lo llevaban hasta un cañon y no veía más que para un solo lado, y divisaba un cerro cualquiera, sabía dónde estaba. No había vereda que no hubiera caminado; cuando le convenía, salía de cualquiera de ella y no había quien lo siguiera



José Guerra, se negaba sistemáticamente a ser fotografiado.



Por fin descansa el General.



HOY

a las 8 horas fallecieron en esta Ciudad los Sr-s.

General Francisco Villa

y

Coronel Miguel Trillo.

El primero a la edad de 45 años y el segundo a los 37.

Sus afligidos deudos, al participarlo a Ud. con profundo dolor le ruegan eleva al Ser Supremo las paces que su piedad le dote por el eterno descanso del alma de los finados y se aya concurra a sus funerales que tendrán lugar mañana a las 11 horas en la Iglesia Parroquial.

H. del Parral, -20 de Julio de 1923

El cuerpo se recibe en el Hotel Hidalgo, frente a la Plaza Guillermo Daza y se despide en el Panteón.

Reservaciones "Cárdenas" AVE. GRAL. M. HERRERA NO. 123

PROCLAMATION
\$5,000⁰⁰ REWARD



FRANCISCO (PANCHO) VILLA

ALSO \$1,000. REWARD FOR ARREST OF
CANDELARIO CERVANTES, PABLO LOPEZ,
FRANCISCO BELTRAN, MARTIN LOPEZ

ANY INFORMATION LEADING TO HIS APPREHENSION WILL
BE REWARDED

CHIEF OF POLICE
Columbus
New Mexico

MARCH 9, 1916

Esquela en la que se informa de la muerte del general Francisco Villa y de su secretario el coronel Miguel Trillo.

Tanto el gobierno del estado de Chihuahua, como el gobierno de los Estados Unidos, ofrecieron en su momento, recompensa por la captura de Pancho Villa, vivo o muerto.

EL REPORTE FORENSE

Las lesiones sufridas por el guerrillero

Una en la bóveda craneana, región temporal derecha, bala de pistola que le fue enviada cuando ya estaba muerto".

"El brazo derecho con un balazo en el codo, bala expansiva que destrozó horriblemente el miembro".

"En el codo izquierdo una bala de acero. En la mano derecha, una expansiva hizo tremendos estragos".

"En el hemitórax, una bala que perforó los pulmones".

"Otro balazo en el hipocondrio derecho que le

interesó los intestinos".

"Seis balas que rozaron la piel o produjeron heridas de poca importancia".

"Por último, una bala expansiva en el corazón, que dejó abierto como una amapola"

Tres médicos se encargaron de embalsamar los cuerpos de Francisco Villa y Miguel Trillo, Ernesto Hefter, Manuel González Palavicini y Ernesto Quiroz.

Tomado del Libro "Yo maté a Villa, de Víctor Ceja Reyes

